

## La ética por bandera

Loreto Urraca Luque

Tras la sorpresa de enterarme que era descendiente de un victimario fascista, me embargó un inmenso sentimiento de vergüenza. Esa vergüenza y la rabia de compartir el apellido con un perpetrador me generaron la imperiosa necesidad de desafiliarme de quien había sido capaz de contribuir a la muerte de otras personas por no tener sus mismas ideas. La culpa no se hereda, pero me sentía responsable de reparar en la medida de mis posibilidades el dolor padecido por sus víctimas.

Para ello, tuve que investigar en los archivos quién era aquel abuelo que apenas había conocido y qué delitos había cometido exactamente. Me enfrenté a la Historia y descubrí la magnitud de la represión franquista al exilio republicano, al conocer miles de historias individuales de personas perseguidas, la crueldad empleada y la total impunidad con la que fueron entregados al régimen de Franco los dirigentes políticos, apresados gracias a la ayuda de las policías francesa y alemana. Además, confirmé que Pedro Urraca era el responsable más directo y el brazo ejecutor de aquella persecución revanchista.

Conocí una etapa de la historia de España que había sido relegada al olvido gracias al silencio impuesto durante los cuarenta años de la dictadura de Franco, con la voluntad de erradicar de la memoria colectiva el trágico destino del medio millón de personas que tuvieron que abandonarlo todo para huir de la represión. Fue una grave injusticia, pero, después de cuarenta años de democracia, la injusticia perdura aún hoy en forma de ignorancia.

Ante la imposibilidad de hacer justicia, quise que al menos hubiera un reconocimiento y decidí divulgar la historia del exilio para rescatar del olvido a las víctimas de mi abuelo y honrar su memoria.

En una página web<sup>1</sup> con un motor de búsqueda se pueden consultar los informes policiales en los que aparecen mencionados muchos de los perseguidos. Es una forma de poner a disposición de los descendientes información sobre sus familiares.

Pero el objetivo final era dar a conocer nuestra historia ocultada a través de la biografía del perpetrador y desvelar su auténtico papel en la represión franquista y en la persecución a judíos y resistentes. Me propuse escribir un libro, pero no un libro de historia, ya que no soy historiadora, sino una novela histórica<sup>2</sup>, para alcanzar al gran público. Con la publicación de la novela había conseguido mi objetivo de desafiliarme de un fanático fascista, pero no imaginaba las profundas implicaciones que entrañaba aquel acto de rebeldía.

Aceptar ser la nieta de un victimario y repudiarlo públicamente fue un proceso largo, penoso y solitario, pero resultó ser una catarsis de la que salí fortalecida. Por un lado, completé mi propia identidad, ya que desconocía la parte de la familia paterna. Por otro lado, me liberé del peso de su culpa y de la carga negativa del apellido.

---

<sup>1</sup> [www.pedrourraca.info](http://www.pedrourraca.info), Los ojos de Franco en Francia, 2013.

<sup>2</sup> *Entre hienas. Retrato de familia sobre fondo en guerra*, Funambulista, 2018.

Además, recibí como gratificación la comprensión, la aceptación e incluso la amistad de los descendientes de las víctimas. La buena acogida de la novela entre las asociaciones memorialistas ha sido la mejor recompensa. Llevan años esperando una reparación y agradecen mi simple acto de reconocimiento, porque es una ruptura respecto a la posición indiferente de los sucesivos gobiernos democráticos.

Por otro lado, que un ciudadano destape la historia personal de un familiar como medio para divulgar la Historia supone trascender de la esfera íntima de la vida privada de los individuos, al ámbito colectivo del interés público de la sociedad y ello contribuye a democratizar la producción de relatos de historia y su estudio.

Integrarme en Historias Desobedientes me rescató de la soledad. Fue como encontrar a mi familia, porque padecemos traumas identitarios y de filiación semejantes. Pero, sobre todo, nos une tener las mismas convicciones, contrarias a los totalitarismos, y el mismo objetivo de conseguir que las víctimas de nuestros familiares sean reconocidas como tales por parte de los Estados y la consiguiente reparación.

La pertenencia al grupo nos reafirma en nuestras convicciones de romper pactos de silencio que protegen a los criminales con la impunidad del olvido y nos da fuerza para seguir en la brecha de superar la vergüenza de nuestra filiación.

La defensa de los derechos humanos no tiene necesariamente que estar vinculada a la pertenencia a un ideario político en particular. Es tratar de conseguir desde una postura ética, una sociedad que considere a todos sus individuos de forma humanitaria, eso que nuestros familiares no hicieron respecto a sectores de sus sociedades.

Una sociedad más humana conlleva una sociedad más justa, aceptar al otro como un semejante por muy diferentes ideas políticas que tenga.

En España, el paso de la dictadura franquista a la democracia se consideró un modelo de transición pacífica. Las felicitaciones recibidas desde el extranjero generaron una autocomplacencia que nos ha impedido ver que, en realidad, la transición se cerró en falso. El pacto de silencio establecido entre las fuerzas políticas que redactaron la constitución de 1978 supuso que las reivindicaciones de justicia y reparación de las víctimas de la represión se ignoraran y ocultaran en aras de una paz social. Todo el trabajo de reparación que no se hizo en su momento sigue pendiente y no terminaremos de cerrar las heridas de la guerra civil hasta que no haya una reparación completa.

La culpa no se hereda; tampoco se transmite, pero la sociedad es responsable de evitar que cualquier desequilibrado narcisista llegue al poder y se convierta en un tirano. Para ello, el mejor instrumento es la democracia y la convivencia se aprende desde el colegio.

Es primordial que se eduque en el respeto al otro para que las diferentes ideas políticas puedan convivir en una democracia asentada, igual que diferentes razas, culturas, religiones o identidades sexuales deberían ser consideradas en pie de igualdad.

Loreto Urraca Luque